el joven arrebató la botella de entre las manos de la tia Isabel, y alejándose un poco, dijo:

—¡Tia de mi alma, ya no estoy en estado de que me destetes!...

—Al menos, gran diablo, no bebas más que una copa.

—¿Una? Bueno. Vas á ver.

Y el joven llenó la taza hasta los bordes.

Con su constante vida de campo, Roberto habia adquirido hábitos de campesino; sus apetitos eran insolentes, y constituian verdaderas necesidades.

Su naturaleza atlética le permitia los excesos consiguientes á las comidas de los cazadores, cuando, rendidos de correr por el monte, prolongan las veladas con los codos sobre la mesa entre el alcohol y el tabaco. Tenia cierta vanidad de ser un gran bebedor, y lo era famoso; en sus tremendas apuestas se acreditó de ello; alguna vez ganó una, bebiendo sin consecuencia, gran cantidad de esa espantosa mezcla de *coñac*, *chartreuse*, *kirsch* y *ajenjo*, á la que llaman café de cuatro colores, y es capaz de volver loco al que tenga la cabeza más firme. La suya y su estómago resistian estas peligrosas experiencias, y experimentaba un necio orgullo cuando le decian que era capaz de hacer competencia al más valiente mosquito de la comarca sin caer jamás. Comenzó á beber por ostentacion; poco á poco se trocó la costumbre en vicio, y no se desdeñaba de bajar los domingos á casa de Pourtois, para jugar á los bolos con los jóvenes de Neuville. Estos no le trataban con respetuoso temor, cual sucedia á su padre con los contemporáneos de su juventud; pero no era extraño, porque, sin contar otras razones, entre el Clairefont gigantesco, encarnado, francote, y el Clairefont pequeño, delgadito, frio, muy cortés, pero que

sabia conservar la distancia con las gentes de otra clase, habia tanta diferencia como entre el dia y la noche. Todos se preguntaban por qué capricho de la naturaleza habia nacido Roberto tan distinto de su padre.

En un principio, estas propiedades de carácter del jóven y sus intemperancias inquietaron al marqués; descendió al terreno de la práctica, y trató con franqueza estos asuntos tan extraños al círculo de sus lucubraciones científicas; dirigió á su hijo fuertes reprimendas, pero se estrelló contra la influencia de su cuñada, que le defendia incondicionalmente. Siempre halló la vieja aristócrata un medio de paliar las locuras de su sobrino; no merecia hacer tanto ruido una pequeñez que hubiera hecho mucha gracia á sus antecesores, algo más violentos que él. Recordaba al Clairefont que en tiempo de Luis XIII sobrepujó á Bassompierre, bebiéndose dos calderos llenos de vino de Sicilia. Los calaveras de la época de la Regencia, ¿acaso no eran admitidos en las fiestas del Palais Royal? Y toda una série histórica de caballeros más ó menos alegres y desenfrenados, era evocada por Isabel, que los hacia desfilar á la vista del marqués con la copa en la mano, protestando de su gazmoñeria, y proclamando la soberanía de las francachelas aristocráticas. Despues de todo, aún era un chiquillo, y estaba en lo justo que se divirtiera con sus amigos: precisaba dejarle correr un poco...

—Que corra en buen hora—decia el marqués—pero no vaya á correr tanto, que reviente...

—Pero, hombre; comprende que tu hijo no es como tú; delicado como una señorita—exclamaba la señorita de Saint-Meurice.—Es un Goliath.

El marqués obtuvo de su hijo la promesa de ser

sóbrio; pero era mas fuerte que él su aficion, y cuando se veía entre gente jóven y botellas, sin poder remediarlo, bebia, se animaba, gritaba, y daba al traste con todos sus prudentes propósitos.

Y lo grave del caso era que, siendo de suyo dulce y bueno, en cuanto tenia una chispa de exceso de vino en el cuerpo, se tornaba violento y malo como un diablo: reñia con todo el mundo; las personas prudentes huian de él como de un loco, y el año anterior dió esto lugar á un desagradable incidente.

De sobremesa, el dia que se levantó la veda de la caza, estropeó á un mozo de cuadra que equivocadamente enganchó en su *breack* el caballo de otro convidado. El infeliz estuvo en cama seis dias de resultas de la paliza; cuando Roberto se despejó, tuvo un enorme disgusto, y se propuso evitar en adelante toda reunion peligrosa. Hacia ya muchos meses que se mantenía firme en su propósito, y su tia Isabel, orgullosa al ver su teson, como fué indulgente cuando cometió la locura aquella, le ayudaba á cumplir su formal promesa de no abusar de los licores. Adoraba al último vástago de la noble casa, y, por cariño á su sobrino, hubiera sido capaz de hacer volver del revés el mundo.

Le contemplaba con amor viéndole golpear el azúcar que en el fondo de la taza se obstinaba en no disolverse en el alcohol, y admiraba su robusto cuerpo. Tenia anchos hombros y el talle esbelto; las manos pequeñas y los brazos de acero; su fisonomía franca, revelando la salud más envidiable, era simpática, y la dulzura de sus ojos azules y el tinte moreno de la piel, atezada por el sol y el viento del campo, el color castaño de sus cejas y cabellos, y el rubio pálido de su bigote, daban á su rostro extraña expresion, fruto de

la mezcla de rasgos varoniles con otros de belleza femenina. Su hermana y él contrastaban de la manera más completa. En ella todo era finura y gracia: las dos razas de que procedian se encarnaron en los dos hermanos con distincion perfecta. El uno era un Saint-Meurice gigantesco, de apetitos materiales violentísimos; la otra una Clairefont delicadísima, soñadora: por eso comprendia como nadie á su padre.

Hacia un rato que el notario se paseaba impaciente de un lado para otro: la arena rechinaba bajo el peso de su cuerpo, y él parecia inquieto, como si experimentase el vivo deseo de abordar una cuestion difícil y no se atreviera.

El marqués, con la vista perdida en el espacio, sonreía distraido, y sus dedos, movidos máquinalmente, golpeaban el tablero de mármol de la mesa al compás de una cancion ó de un paso doble. Algun grato recuerdo ó una agradable esperanza debia alegrar su espíritu; trasportado por mágico ensueño á las regiones etéreas, debia pensar algo muy placentero. De pronto se dió sobre la rodilla un golpe con la mano abierta, y lleno de contento exclamó:

—Mi horno de corrientes circulares producirá un ochenta por ciento de economía en el combustible, y quemará todos los resíduos hasta hoy desperdiciados por falta de elementos. ¡Oh! ¡oh! ¡Molegean, ya verá usted qué prodigio!... ¡Qué mina de oro!

La frente de la señorita de Saint-Meurice se contrajo, cruzó las manos á la espalda, y paseándose con movimientos de gendarme, dijo:

—Hermano mio; ya es esta la décima vez que descubres el Perú.

—¡Oh! Pero tambien es la decisiva—replicó lleno de fé el inventor.—Mi descubrimiento responde á una

necesidad imperiosísima: todas las empresas de este género experimentan la de un medio para cohonestar la explotacion con la carestía siempre creciente del combustible. El carbon, con mi sistema de hornos, si no resulta facilísimo de reemplazar, se puede sustituir con paja húmeda, leña menuda, cañas, ó con cualquier producto análogo á éstos. ¿Comprenden ustedes la importancia de este asunto? Las huelgas en los centros mineros de hulla serán ineficaces, y no amenazarán á la industria. Una vez que tenga el privilegio de invencion, todas las fábricas del mundo me serán tributarias: tan cierto estoy del éxito que apostaria hasta mi nombre...

—Hermano, poco á poco; un caballero no tiene derecho á arriesgar el nombre de sus mayores,—interrumpió bruscamente Isabel.

—Es cierto—dijo el marqués.—Este nombre que heredé sin mancha, debo trasmitirlo inmaculado á mis herederos...; pero creo que no se empañaria su pureza si le añadiese un timbre más con mi triunfo científico.

—Ya sabes mi opinion en punto á eso: un hombre como tú no se expone á ganar nada en esas aventuras industriales, y en cambio puede perder mucho.

—Isabel: el rey Luis XVI sabia el oficio de cerrajero, y...

—Y ya ves cómo le salieron todas sus empresas...

—Supongo que no me augurarás que moriré en el cadalso...

—No; pero si en la miseria...

Antonieta se acercó á la señorita de Saint-Meurice, la abrazó, y besándola con mimo, murmuró:

—Vamos, tia, sé buena; contenta á papá.

—¡Ta, ta, ta! Eso es; ven á engatusarme para que

calle—repuso Isabel, cuya barba se le erizaba.—Tú eres la causa de la mitad de las locuras de tu señor padre, porque, ¡claro!, en vez de criticárselas, le animas... y, persisto en lo dicho, acabará por quedarse como Adan. Pero, por mí, haced lo que querais... Molegean tiene, por lo visto, ganas de quedarse solo contigo para hablar de negocios...: escúchale, y haz caso de sus consejos.

Al oir «negocios,» Roberto hizo un movimiento para marcharse. El marqués miró al notario con tranquilo semblante, y, apoyándose en el brazo de su hija, exclamó:

—¿Es cierto la que dice mi hermana? ¿Quiere usted que entremos en casa, amigo Molegean?

—Señor marqués, si á Vd. le parece, entremos; tengo que consultarle algunos detalles de ciertas cuentas, y desearia que me prestase atencion.

—Vamos, pues, al despacho; le enseñaré el modelo del horno, verá Vd. qué sencillo... Pero así y todo, hasta que logre concretar la idea... Porque, hermana, la primera idea es todo...

—Bueno, bueno. ¡No son ideas lo que á ti te hace falta—gruñó la vieja;—sólo que sueles tenerlas infernales... para producir resultados del infierno!...

Y acercándose al notario, que seguia á Clairefont y su hija, le preguntó con una agitacion que hacia que temblase su voz:

—¿Es grave lo que le trae á Vd., Molegean?... Hace mucho tiempo que no le veíamos, y para que Vd. venga sin que le llamen, se necesita que sea muy serio lo que tiene que decirnos...

El notario bajó la cabeza en señal de asentimiento; cerró los ojos, se encogió de hombros y abrió los brazos, como dando á entender que precisaba resignarse.

La señorita de Saint-Meurice se extremeció. Hacia ya muchos años que estaba acostumbrada á las embajadas del agente de negocios, y á la vez notario; cada vez que aquel aparecia en Clairefont, el patrimonio del marqués mermaba en algun terreno de cultivo, ó un trozo del monte. Ya estaba todo hipotecado; la renta apenas bastaba para cubrir los intereses; un poco más de peso que se le echara encima daria en tierra con todo lo existente.

—Por Dios, niéguese Vd. á proporcionarle dinero—dijo Isabel con angustia.—Está dominado por esa nueva idea, y no reparará en nada con tal de realizarla. Es caso de conciencia, Molegean. Se trata de un pródigo... ¡Ah! ¡si quisiera renunciar á sus manías... qué bien estaria y cuánto ganaríamos todos!...

—¡Descuide Vd. ¡Estoy resuelto á mostrarme inflexible, señorita!... Pronto tendrá Vd. la prueba.

Al llegar al umbral, el marqués se volvió, y fijó la vista en el panorama que ofrecia el valle, radiante de luz y sonriente de hermosura; por entre los verdes prados el rio serpenteaba como cinta de bruñida plata, á la sombra de los álamos que en sus riberas se alzaban enhiestos; los techos de las casas, de pizarra unos, y otros de teja, brillaban bajo los rayos del sol; la atmósfera estaba á tal punto limpia, que el gallo de bronce que tenia la veleta del campanario de Neuville resplandecia y se distinguia perfectamente claro el sonido de la campana de una fábrica llamando al trabajo á los obreros llegaba hasta el castillo con claridad completa, mezclándose con el alegre rumor que producian una porcion de alumnos de un colegio, que jugaban esperando la hora de volver á las clases. El marqués, apoyado sobre el balaustre de hierro de la escalerilla, se detuvo un

instante para admirar aquel espectáculo; respiró con ansia el aire embalsamado y tibio; dos lágrimas brillaron en sus ojos, y murmuró muy bajo:

—¡Qué encantador reposo en medio de esa naturaleza que sonríe! ¡Qué dulce vida la mia, sin más pensamiento que el bien comun, ni otro móvil que el amor! ¡Acaso esto fuera lo prudente y lo bueno!... ¡Pero cada cual tiene dispuesto de antemano su destino, y ni debe ni puede desviarse de la direccion que él le señala!...

Sacudió la cabeza, y viendo que el notario hablaba aún con la señorita de Saint-Meurice, exclamó en voz alta:

—Cuando Vd. quiera..., Molegean.

Y entró en el castillo.

Roberto se dirigió hácia la derecha de la fachada del edificio; penetró por una puertecilla que daba á la escalera practicada en una torre, por la cual se subia á sus habitaciones, y silbando alegremente una sonata de caza, siguió el largo corredor que cruzaba las dependencias del castillo por aquella parte; pasó por delante de la inmensa cocina, cuyo hogar estaba circundado por anchos bancos de encina, y en una de cuyas paredes un enorme asador, capaz de contener una res entera, permanecia inmóvil y polvoriento; saludó con un «buenos dias» muy amistoso á la única mujer que guisaba la modesta comida de aquella pequeña familia, en aquel local hecho para preparar festines dignos de Gargantúa ó de las bodas del opulento Camacho; y ya se disponia á subir los primeros peldaños de piedra de la escalera de servicio, cuando escuchó sonoras carcajadas y unos golpes sordos y á compás, que le hicieron detenerse.

Por la puerta entornada de una estancia vió á Rosa Chassevent planchando y hablando con Russot,

que, en cuclillas sobre el alfeizar de la ventana con la barba entre las rodillas casi, mirándola con estúpida fijeza, parecía un lobo, disponiéndose á lanzarse sobre su presa á la primera oportunidad. La jóven, sin dejar de charlar con su idiota interlocutor, limpiaba la plancha sobre la bayeta llena de quemaduras rojizas, trabajaba con rapidez extraordinaria, y con los brazos desnudos, la chambra desabrochada que descubría su garganta, y las megillas rojas por el calor y el trabajo; estaba hermosa, pero con salvaje hermosura: era la hija del corsario de oficio.

De vez en cuando el pastor lanzaba roncas interjecciones, no decidiéndose á pronunciar palabra más que cuando no podia menos de responder, como si su mutismo fuera más bien producido por la pereza que por defecto físico. Rosa, con su acento normando, que daba cierta picante gracia á sus frases, era la que hablaba cuando Roberto llegó frente á la puerta

—No, Russot, no—decia;—tienes muy poco aseo con tu persona. ¿Ves? El pantalon se te cae á pedazos la camisa es gris de puro súcia...; además, apestas como tus carneros... y esos aromas no agradan á las chicas.

El pastor la miró con sus ojillos de urraca, fulgurantes de concupiscencia, y como si le costase un enorme esfuerzo articular frases, gruñó:

—Ya... ya... veás tú... pa la fiesta...

—¡Hola! ¡hola! ¡pillete!... ¡Conque nos preparas una sorpresa!—exclamó la jóven, golpeando con la plancha sobre la pieza de vestir que tenia encima de la mesa.—Pues bien: como te presentes decente y sin oler mal, te prometo bailar contigo como con los demás.

Russot no dijo nada; una sombra oscureció su

frente, y sus lábios se crisparon con expresion salvaje; durante unos segundos, su rostro reflejó espantosa brutalidad; de pronto se echó á reir con secas carcajadas, como si tuviera hipo.

—Vaya, ¿estás contento?—dijo Rosa.—Pero eso no es razon para que te pases el dia en la ventana. Anda, vete á cuidar tus animalitos... porque si te encuentran aquí...

No tuvo tiempo de concluir su pensamiento, porque la presencia de Roberto la distrajo. El pastor saltó como un mono; igual que si fueran muelles sus piernas, le despidieron desde el alfeizar al patio, y echando á correr, lanzó un silbido agudo, y desapareció detrás de la esquina de la cuadra.

—Te cogí pelando la pava con tu novio, Rosa—dijo Roberto, sentándose sobre la mesa de planchar. —No hay por qué te pongas fosca conmigo de vez en cuando, si eres tan amable siempre con el hombre más feo de la casa...

—¡Bah, señorito!... ¡Qué cosas tiene Vd.!... ¿Ha venido Vd. al planchador para que armemos camorra?... —repuso la muchacha, sonriente y coqueta.

—No, hija, no. Pasaba cuando hablabas con ese animalucho, te oí, y me dió gana de veros. Pero no abrigué el propósito de molestarte... sino el de escuchar vuestro amante coloquio.

Alargó el brazo, y tomando á Rosa por la cintura la atrajo hácia sí, y estampó un sonoro beso sobre su blanca garganta.

—No me parece muy bien esto, señorito Roberto—dijo la jóven, abrochándose la chambra.—Cuando se acaricia á la hija no es justo maltratar al padre. ¡Me han dicho que le hizo Vd. yo no se qué diabluras al pobre viejo!...

El jóven frunció las cejas, y exclamó:

—Mira; si quieres que seamos buenos amigos, no me hables del bribon de tu padre...

—Pues no me hable Vd. á mí de nada, si ha de tratarle así otra vez,—repuso la muchacha, con las mejillas rojas de rubor y rechazando á Roberto.

—Anda, tontuela; no te pongas fastidiosa—dijo éste; atrayéndola de nuevo por un brazo, y acariciándola con dulzura.

Ella seguía fingiéndose enfadada, con los ojos bajos y los lábios en gracioso mohin, que debia concluir por fuerza en sonrisa; Roberto le acariciaba los cabellos rubios, rizosos sobre la nuca robusta; por entre el cuello de la chambra se le veia el nacimiento de los hombros, cubiertos de fina pelusilla como los melocotones.

—Si Vd. quisiera, ¡qué bien podia arreglarse todo!—comenzó á decir Rosa, alzando los ojos y fijándolos con cariño en los de Roberto.—El pobre viejo tiene pasion por la caza... si le hiciera Vd. guarda de ella, no pondria más lazos para liebres, y sobran conejos en el monte para que él se mantuviese sin perjuicio para Vd. ni para nadie... La casita de Saucelle está sin habitar... Yo me iría allí con mi padre... Me seria más cómodo venir aquí... y luego, ¡tendria yo tanta alegría si esto pudiera ser!...

El jóven la besó en las mejillas, sin resistencia por parte de Rosa, que, al sentir sobre su piel el roce de los largos bigotes de Roberto, hizo un gesto encantador; luego dijo éste con alegre acento:

—¿Sabes que no eres tonta, niña? Todo eso seria muy fácil, si Chassevent no fuera el mayor tuno que hay en diez leguas á la redonda. ¡Buen guardian tendria la caza! ¡Uno que es compinche de todos los cazadores de este contorno! No, hija mia; no coloco yo á tu padre; como no sea en la cárcel... Y esto te convendria, porque, mira, mientras esté á la sombra, ni te quitará lo que ganes, ni te sacudirá el polvo, como suele hacerlo.

—¡Ah! ¿Si? Pues mire Vd., no se me arrime más, si no quiere que me queje á la señorita...

—¡Bravo! ¡Bien, chiquilla!.... ¡La virtud te hace aparecer más guapa!.... Persevera, hija, persevera... Mira, mira cómo te come con los ojos tu galante y seductor Russot.....

Atraido por una invencible y celosa curiosidad, el idiota, látigo en mano, rondaba la ventana del cuarto de planchar, lanzando furiosas miradas á los jóvenes. Aquella fisonomía, que, á impulso de los celos, estaba animada en aquel momento, revelaba tal astucia, y en sus ojos se reflejaba tan grande picardía, que hubiese dado mucho que pensar á los que le tenian por imbécil.

Al ver que era notado, se volvió, tomó su aire estúpido, y comenzó á chasquear el látigo furiosamente, como si lo acostumbraa á distraerse con ello.

—Russot,—dijo Rosa con acritud,—es un pobre chico, incapaz de hacer mal á una hormiga, y que me da mucha lástima. No está bien que Vd. se burle de él... Se le recogió en casa del señor marqués, porque le hallaron abandonado en medio del camino... Yo le he visto crecer, y es un compañero de la niñez, á quien quiero de veras. ¡No tenga Vd. miedo de que él maltrate ni insulte á mi padre!...

Roberto miró á Rosa sonriendo; la cogió una orejita, y estirándosela con cariño le dijo:

—¿Hacemos las paces? Yo trataré de ver en qué puedo colocar á Chassevent sin perjudicar á nadie.

La fisonomía de Rosa se dilató; sus lábios sonrieron, y acercando su rostro á la boca de Roberto, dijo con acento picaresco y lleno de coquetería:

—Es Vd. tan simpático... cuando quiere...

El jóven la abrazó con violencia, y ella se desasió con fuerza, pálida y exclamando:

—¡Me ha hecho Vd. daño, señorito!... No me apriete tanto. Es Vd. tan fuerte, que sin querer seria capaz de ahogarme...

—¡Lo cual seria una lástima!...—se oyó decir en el patio por una voz robusta y sonora.

Roberto volvió la cara con disgusto, y en la ventana tropezaron sus ojos con el busto de Tondeur, que sonriente y colorado como un tomate por la fatiga de la caminata, exclamó:

—Servidor de Vds., señorito Roberto y la compañía. ¡Eso es bueno! .. Buena madera para calentarse.

Y guiñando el ojo, soltó una carcajada que le hizo ponerse de color de violeta.

—¿Qué le trae por aquí, Tondeur?—preguntó con rudeza el jóven.

—¡Caramba, señorito!... Una cosa que le importa á Vd. más que á mí: visitando los tajos he tropezado con un nido de gavilanes... y creí oportuno avisárselo.

—Muchas gracias: se lo agradezco...—dijo Roberto dulcificando su acento.—Voy á tomar la escopeta, y nos vamos en seguida.

—Que no olvide Vd. lo que me ha prometido,—gritó Rosa removiendo las planchas en la anafre con estruendo.

—¡Bien, bien, ya veremos!... ¡Espéreme Vd, Tondeur!...

Y el jóven desapareció, tomando escaleras arriba.

—¿Qué te ha prometido, Rosita?—dijo Tondeur apoyando sus manazas peludas sobre el alfeizar de la ventana.—¿Es promesa de casamiento?

—¡Majadero!... Mire Vd., por allí va Mr. Molegean; vaya Vd. á preguntarle si le dieron ya el encargo de hacer el contrato.

El notario acompañado del marqués, atravesaba efectivamente por el patio. Mr. de Clairefont hablaba con ademanes muy expresivos, y su interlocutor le escuchaba encogiéndose de hombros cual si soportase con ellos un peso, y en realidad aguantando una avalancha de razones, sin replicar, resuelto á no quebrantar su propósito. El inventor sin parar mientes en la actitud resignada de Molegean, seguia su discurso lleno de fogosidad, diciendo:

—Sí; para cincuenta mil francos, tendré suficiente garantía, y con ellos podré plantear mi invento, divulgarlo y obtener con un horno tan perfecto, beneficios incalcu'ables. ¿Me comprende Vd., amigo Molegean?

—Sí, señor marqués, comprendo; es clarísimo. Pero ¿dónde hallar, señor marqués, ese dinero, si la semana pasada no pagó el señor marqués ciento tres mil? Estamos pendientes de un embargo, y Vd. á punto de tener que abandonar esta casa?

—¿Dónde? Pues en su caja de Vd. Supongo que por tan poca cosa no me va á hacer el enorme perjuicio de no proporcionarme semejante pequeñez. ¡Cincuenta mil francos, que son mi fortuna!... ¿No me los prestará Vd.?

—Yo no tengo dinero propio, señor marqués: y con respecto al de mis clientes, la delicadeza y la ley, señor marqués, me impiden disponer de él á mi antojo. Créame Vd.: renuncie á la realizacion inmediata de

sus planes, y reuna todos sus recursos para salir de la apurada situacion que le aflige. Mire Vd., señor marqués, que envuelve una gravedad enormísima.

—Ya se arreglará eso... yo le respondo de ello... pero no haciendo economías... Mi invento me salvará... ¡y para esto necesito cincuenta mil francos, Molegean!... Por supuesto, en segunda hipoteca.

—No los hallará Vd., señor marqués. Su crédito está agotado en el país, y si no fuese por mi intervencion, hace mucho tiempo que no encontraria ni un céntimo.

—Está bien. No insisto. Esta noche espero á mi futuro yerno; le pediré ese dinero, y él me comprenderá...

Molegean vaciló un instante; pero reunió todo su valor, y tuvo el de exclamar:

—Le ahuyentará Vd. sin resultado. ¿Quiere usted dar pretexto para romper en definitiva una boda que hace tantos meses que amenaza destruirse.

—¿Pero acaso supone Vd. que Croix-Mesnil está dispuesto á ello? Si así fuera, no sentiria nada que mi hija se haya resistido á casarse... Cuando esté en condiciones de dotarla como á una princesa, no le faltarán maridos... En suma; puesto que no podemos llegar á un acuerdo, voy á ver cómo salgo del apuro por mí solo. Usted, entretanto, ocúpese de ganar tiempo: vea á mis acreedores...

—Señor marqués, sólo hay uno...

—¡Ah!—exclamó Clairefont, cuyas ilusiones se extinguieron de pronto, con mortal ansiedad añadiendo:

—Y ese acreedor, ¿quien es?

Molegean bajó la cabeza con desaliento, y dejó oir un nombre terrible:

—¡Carvajan!..

—¡Ha adquirido todos mis créditos, por lo que veo!

—Sí; quiere que tenga Vd. que habérselas con él nada más.

Todas las ilusiones del inventor, barridas como las nubes por el soplo del huracan, se disiparon en un momento. Su falsa seguridad desapareció; vió á su paso, abierto delante de él, el abismo hácia el cual caminaba con rápida marcha. Mientras él soñaba felicidades, Carvajan trabajaba en prepararle la ruina. A pesar de haber trascurrido tantos años desde el dia en que el dependiente de Gatelier quiso oponerse á los designios de Honorato, no habia olvidado el ultraje y el dolor que sufrió. En aquella plazoleta misma, en el mismo patio aquél, rodó sobre la tierra con el rostro cruzado por el látigo y el amor propio herido; el marqués aún creía escuchar su acento de suprema desesperacion, cuando gritaba: «¡Edilia, baja!... ¡Edilia!...»

Y de aquella linda criatura, ¿qué era? detrás de algun mostrador, vieja, fea, vulgar, no seria ya sombra de la belleza de su florida juventud. Nada quedaba de lo que pudiera hacer excusable la locura de Honorato; pero el ódio del amante postergado vivia más vigoroso á cada momento, y como una nube cargada de electricidad se cernia sobre las riquezas de Clairefont y las personas por él amadas, negra, rugiente, fatídica. Se acercaba la hora de que estallase, y al pensar cuán implacable seria su devastador impulso, Honorato temblaba: su corazon sentia como si una mano helada lo estrujase; le zumbaban los oidos; le pareció que el sol se oscurecia, y lúgubre toque de agonía retumbó en su cabeza, como si las campanas de Neuville doblasen por su ventura muerta.

La voz de su hijo le volvió en sí: el jóven salia con la escopeta al hombro, y junto á él iba Antonieta con

una sombrilla abierta en la mano; los dos, alegres y sonrientes, se acercaban al anciano, y Roberto exclamó antes de llegar á él:

—Papá: ¿vienes con nosotros? Vamos con Tondeur hasta los tajos.

—No, hijo mio; es menester que termine un trabajo, y voy á mi despacho.

Su mirada cariñosa siguió á los dos hermanos; él, ágil y vigoroso, parecia un Hércules: ella, esbelta y delicada, semejaba una ninfa. ¿Quedarian sujetos á la venganza de Carvajan aquellos dos hijos queridos, que eran su más preciado tesoro, su único amor en el mundo? Extraño fuego le abrasó el cerebro, y se reconoció fuerte súbitamente: le pareció que era capaz de hacer prodigios... mas, por desgracia, veia la salvacion en sus inventos; se entregó de nuevo á su locura, y cuando aún le quedaban recursos para hacer frente á sus apuros financieros, se dispuso á profundizar la sima donde enterraba su fortuna hacia mucho tiempo.

—Obtenga Vd. de Carvajan un plazo, y respondo de salir airoso de mis compromisos.

Miró de arriba abajo al antiguo castillo, y añadió con acento profético:

—¿Ve Vd. esas torres? Pues en breve las podré construir de oro si se me antoja.

Riendo con alegría, saludó al notario, quien dudaba, no sin motivo, de la salud del cerebro que había encerrado en aquella blanca cabeza, y se volvió á su laboratorio.

V

Con profunda emocion regresó Pascual á Neuville, y mayor fué todavía la que le produjo volver á entrar en casa de su padre: era casi un niño cuando partió, y tornaba trocado en hombre. En sus largas meditaciones, durante sus horas de soledad en países extranjeros, mientras viajaba, habia discutido mucho consigo mismo sobre las causas ocasionales de su partida, y ni una sola vez halló en su conducta motivo de reproche; habia hecho lo que era justo y áun necesario: antes que verse en la necesidad durísima de criticar la manera de ser de su padre, se habia castigado por su falta de respeto, expatriándose y entregándose al trabajo con toda su alma.

Poco á poco se fué hallando muy á su placer; la ausencia tendió un velo entre sus recuerdos y la memoria de su niñez, que envolvia la terrible figura de Carvajan, y acabó por no ver lo repugnante de ésta; quiso creer (y lo creyó) que con el tiempo y las prosperidades se trocaría en otro aquel, ser respetabilísimo en su esencia, pero que dejaba de serlo por sus